

## Un ministerio de poder

### Lucas 4:14-22

#### **Introducción:**

Hoy día la mayoría de iglesias cristianas están muy preocupadas por tener predicadores que impacten con su vida y ministerio al pueblo del Señor de una manera poderosa, que atraiga a las multitudes y manifieste el poder de Dios.

Esto no está mal, siempre y cuando el poder que desean ver en sus pastores sea conforme a lo revelado en las Sagradas Escrituras.

Es muy común hoy día encontrarse con personas que están haciendo una y mil cosas para conseguir este poder espiritual que les permita ser ministros o siervos del Señor poderosos, impactantes, atrayentes.

Pero considero que no es necesario pagar una cantidad de dinero para asistir a un evento masivo dirigido por alguno de los más famosos y carismáticos predicadores con el fin de recibir el poder o aprender a ser un ministro poderoso, pues, Jesús, el predicador más poderoso que habitó el planeta, nos ha dejado en las Sagradas Escrituras un modelo eficaz para que seamos predicadores poderosos, usados por Dios para extender el Evangelio por doquier.

Analicemos hoy con Lucas, algunas características de un ministerio de poder. Si usted no es predicador, o es una dama, no piense que en este sermón no encontrará verdades útiles para su vida, pues, el ministerio de poder que desarrolló Jesús en la tierra, estaba fundamentado en una vida piadosa, que, por cierto, todos los cristianos, hombres y mujeres, predicadores y laicos, debemos experimentar en nuestras vidas cristianas, si queremos continuar creciendo en la gracia de nuestro Señor Jesucristo.

Dividiremos nuestro texto de estudio en tres secciones con el fin de comprenderlo mejor:

1. El poder de vivir lleno del Espíritu Santo
2. El poder de una vida piadosa
3. El poder de la Palabra de Dios

#### **1. El poder de vivir lleno del Espíritu Santo (v. 14-15)**

El escritor sagrado nos lleva del desierto de Judea a la provincia de Galilea. Aunque pareciera que este viaje de Jesús fue inmediatamente después del suceso de la tentación, la verdad es que Lucas aquí no está siguiendo una secuencia cronológica, sino que nos pone en perspectiva una secuencia lógica que apunta a dar claridad al propósito de su mensaje evangélico.

Es probable que este viaje de Jesús a Galilea haya sucedido un año después de la tentación, año en el cual Jesús estuvo enseñando en Judea. En este año de intervalo se dieron algunos sucesos narrados por Juan entre los capítulos 1:19 al 4:42. Jesús habla con Nicodemo y le muestra la necesidad de nacer de nuevo por el poder del Espíritu para entrar en el Reino de Dios, Juan nos presenta el regreso de Jesús a Galilea, y en ese caminar le es necesario pasar por Samaria, una provincia odiada por los judíos, pero allí él tiene un pueblo que salvar, a través de una mujer samaritana de baja reputación.

Durante este tiempo Jesús desarrolló un ministerio de predicación en estas provincias, de manera que su fama cada vez se extendía por todos los pueblos de alrededor.

Jesús regresó a Galilea, porque, aunque Lucas nos ha dicho que Jesús nació en Belén de Judea, no obstante su ciudad, su pueblo, su gente, realmente eran de Galilea. Allí vivían sus padres y él aprendió las costumbres y el acento de los galileos. *(Pero él negó otra vez. Y poco después los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. Mr. 14:70).*

Pero Lucas no nos dice simplemente que Jesús volvió a Galilea y predicaba por doquier, sino que insiste en mostrarnos una cualidad fundamental de este predicador itinerante: estaba en el poder del Espíritu. Y debía ser así, pues, un ministro del Evangelio no es simplemente un hombre elocuente que tiene la capacidad de la labia para dar discursos bonitos, sino que es una persona impulsada y controlada por el Espíritu Santo de manera que no puede contenerse en su deseo de hablar del Evangelio de Dios, de enseñar la Palabra y de guiar a la gente a un conocimiento más profundo de la Palabra de Dios.

Jesús fue lleno del Espíritu Santo en su bautismo y desde allí siempre anduvo bajo esta llenura, cumpliendo con fidelidad y poder el glorioso ministerio que Dios el Padre le había encomendado.

Todo creyente que anhela servir de manera poderosa y efectiva en el reino de los cielos, debe ser una persona llena del Espíritu Santo, pues, si no andamos bajo su poder y guía, lo único que podremos hacer son esfuerzos meramente humanos y los frutos conseguidos serán efímeros y huecos.

Jesús, el Hijo de Dios, en el cumplimiento de su misión requirió de la llenura del Espíritu Santo, de la misma manera todo predicador, todo siervo del Señor, requiere de esta llenura.

Y ¿Qué es ser lleno del Espíritu Santo? Es vivir una vida de obediencia a la voluntad divina, es someterse cada día a los dictados de la Palabra de Dios, es no confiar para nada en nuestros talentos humanos, y buscar cada día la ayuda del Espíritu para el cumplimiento de nuestra labor.

El apóstol Pedro era un hombre valeroso para algunas cosas. En él encontramos a un discípulo osado e impulsivo. Pero esta valentía procedía de su naturaleza humana, de su carne, pues, cuando llegó el momento de mostrar verdadero valor, confesando ante los hombres que era discípulo del Señor, sus fuerzas carnales no le sirvieron para nada, y desmayó, flaqueó y negó al Señor Jesucristo.

Pero cuando nosotros vamos al libro de los Hechos, allí encontramos a un Pedro totalmente distinto. Es un predicador fogoso, y sin temor alguno predica que Jesús es el Señor y le dice a aquellos judíos ante los cuales tuvo temor de confesar a Jesús que Él es el Mesías, que Jesús es el Señor, e invita a la gente a arrepentirse por haber matado al dador de la vida. ¿Qué hizo la diferencia entre el Pedro de los Evangelios y el Pedro de Hechos? Que él había sido llenado del Espíritu Santo, que ahora era controlado en todo su ser por la voluntad divina.

Cuánta necesidad tenemos de contar con predicadores que no confíen tanto en su personalidad carismática y arrolladora, en sus técnicas de popularidad, o en su verborrea y capacidad de dominar a un público, sino que se someten en todo al Espíritu de Dios, no queriendo predicar nada distinto a lo que él ha revelado en las Sagradas Escrituras.

Pero un predicador lleno del Espíritu Santo, una persona llena del Espíritu Santo, no solo tiene el deseo de enseñar y predicar, sino que lleva una vida de devoción piadosa, y este será nuestro segundo punto.

## **2. El poder de una vida piadosa.** (v. 15-16)

Nuestro ungido predicador, lleno del Espíritu Santo, anhela las cosas del Espíritu. Es por eso que lo encontramos sábado tras sábado cumpliendo con su deber espiritual asistiendo a las sinagogas, sin importar la ciudad o el pueblo.

Jesús era una persona que conocía perfectamente la voluntad del Espíritu Santo y comprendió que no es posible estar lleno del Santo ser y no anhelar lo que el Espíritu anhela. El autor de Hebreos, por inspiración divina, mostró la voluntad del Espíritu para el creyente cuando dijo: *“no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”* (Heb. 10:25).

Jesús, lleno del Espíritu Santo, no dejaba de congregarse. Ningún detalle pequeño le parecía un gran obstáculo para dejar de asistir a la sinagoga el día de reposo. Él había alimentado la

costumbre de asistir al culto todos los días del Señor, y ahora estaba controlado por el Espíritu Santo, de manera que el asistir a la iglesia cada semana formaba parte de su ser, de sus anhelos.

Lo más sorprendente de este hábito piadoso en nuestro Salvador es que él, siendo el maestro de maestros, el Dios conocedor de todo, la Palabra revelada, y la verdad encarnada, no desestimó el asistir a los cultos de la sinagoga justificando, lo que para algunos pudiera ser una justificación válida, no hacerlo debido a que los predicadores en estos lugares de culto eran los escribas y fariseos; hombres hipócritas que mandaban a los hombres a hacer cosas que ellos mismos no hacían (*Y él dijo: ¡Ay de vosotros también, intérpretes de la ley! Porque cargáis a los hombres con cargas que no pueden llevar, pero vosotros ni aun con un dedo las tocáis* Lc. 11:46), Jesús, conocía el corazón de los hombres, y sabía que la mayoría de estos predicadores en la sinagogas eran hipócritas, que no vivían lo que predicaban (*Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: en la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen y no hacen* Mt. 23:1-3).

Con esta clase de predicadores es difícil pensar que los asistentes a las sinagogas disfrutaran de la presencia del Espíritu Santo y de muchas bendiciones. Pero aún así vemos que el hombre lleno del Espíritu Santo no deja de congregarse. Jesús asistía a las sinagogas a pesar de la hipocresía de sus ilustres predicadores. Jesús asistía a pesar de que él tenía más conocimiento de las Escrituras que todos los predicadores.

Él no era de esa clase de hombres orgullosos que consideran tener tanta unción y conocimiento que no pueden sentarse en una silla a escuchar la sencilla predicación de un humilde siervo de Dios, de un predicador campesino o de un nuevo predicador que apenas está dando sus primeros pasos en esta ardua labor. No, Jesús no dejaba de congregarse nunca. Él sabía que la mejor delicia de un creyente se encuentra en la casa de Dios, que es la comunión de los santos. (*Jehová, la habitación de tu casa he amado, y el lugar de la morada de tu gloria.* Sal. 26:8).

Jesús no era de la clase de creyentes que se consideran más santos y correctos que los demás, y que conociendo alguna debilidad o pecado del predicador, deciden quedarse en casa para no escuchar las predicaciones hipócritas del pastor. No, él hizo de la asistencia a las sinagogas un hábito personal. Era mejor estar en el culto escuchando a un predicador hipócrita, que quedarse en casa descuidado los medios de gracia.

Jesús mismo prometió la bendición de su presencia cuando los creyentes se reúnen en el culto público de adoración, pero no lo prometió para los que se quedan en casa adorando aislados del resto de creyentes. (*Porque donde están dos o tres, congregados en mi nombre,*

*allí estoy yo en medio de ellos.* Mt. 18:20). La bendición de su presencia está en la congregación (*congregados en mi nombre*), es decir, en el culto público de adoración. No importa si la iglesia es grande o pequeña; si la Palabra es predicada, así sea con defectos, Jesús promete estar allí; no en las casas de los creyentes que se consideran más santos y correctos que los demás y abandonan el culto de adoración, no en las casas donde prefieren ver o escuchar una predicación por la radio, la televisión o la internet.

Pero nuestro predicador ungido no solo asistía a los cultos piadosamente, sino que cuando enseñaba solo quería hablar las palabras de Su Padre.

### **3. El poder de la Palabra de Dios.** (v. 16-22)

El éxito de un predicador no se encuentra en las multitudes que le sigan, ni en la personal carismática y arrolladora que posea, ni en las técnicas de crecimiento o mercadeo que desarrolle, no, el verdadero éxito de un predicador se encuentra en la fidelidad que tenga para con la Palabra de Dios.

El predicador no se predica a sí mismo, no está interesado en ganar fama, no busca lo suyo propio. El predicador ha sido llamado por Dios para que hable de Su santa Palabra, para que lleve a los hombres el mensaje que él quiso dejarnos por medio de las Sagradas Escrituras. El predicador no quiere dar a conocer sus sueños, sus planes o su visión, no, él quiere dar a conocer el sueño, los planes y la visión de Dios, tal y como han sido revelados en las Sagradas Escrituras.

Esto fue lo que hizo Jesús, el poderoso y ungido predicador.

Cuando en una sinagoga le daban la oportunidad de predicar, no quería otra cosa sino compartir la Palabra, explicar la Palabra, enseñar la Palabra.

Lucas dice que se levantó a leer. Era costumbre en ese tiempo que el encargado de los rollos donde estaba escrito el Antiguo Testamento, le asignaran la lectura a alguna persona ilustre que estuviera en la congregación para que leyera la porción del día, y si la persona quería, podía dar una exposición de la misma.

Esto fue lo que hizo el encargado de los rollos con la visita de Jesús a la sinagoga de Nazaret. Aprovechó la visita de un hijo de Nazaret, como se creía de Jesús, y le facilitó el rollo del profeta Isaías.

Jesús escogió la lectura que anuncia la naturaleza de la obra del Mesías, y aprovecha esta oportunidad para darse a conocer entre su gente como el Mesías, en quien se cumplía esta profecía del profeta Isaías.

Las palabras del profeta son las más apropiadas para que Jesús hable de sí mismo, de su misión. Tal vez esta es una de las razones por las cuales Lucas escogió este episodio para ubicarlo al inicio del ministerio de Jesús, pues, nos presentan la naturaleza del ministerio de Cristo en la tierra.

**“El Espíritu del Señor está sobre mí”**. Esta es una cita de la versión griega del Antiguo testamento, denominada Septuaginta. El ministerio del Mesías se realizará bajo la dirección y unción del Espíritu Santo. Ya Lucas nos dijo que Jesús estaba lleno del Espíritu Santo. Su misión, su ministerio consistía en:

**“Predicar el evangelio a los pobres”**. Los más necesitados son los que necesitan escuchar buenas noticias, son los que más anhelan recibir una palabra de alivio o tranquilidad. Esta es la condición básica o fundamental para entrar al reino de Dios, ser un pobre. Pero no un pobre en cuestiones económicas, pues, hay muchos pobres que tienen corazones orgullosos y piensan que ellos no necesitan a Dios. Se trata de aquellos bienaventurados que reconocen su pobreza y ruina espiritual, su pecado. Para estos que reconocen su estado de miseria espiritual, Jesús trae una buena nueva, él les dice *“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”* (Mt. 5:3). *“Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”* (Is. 66:2).

**“Sanar a los quebrantados de corazón”**. Consolar a los que sufren a causa de saberse pecadores y miserables delante de Dios.

**“Pregonar libertad a los cautivos”**. Es un mensaje de liberación para todos los que han estado esclavizados por el pecado y Satanás. Jesús viene a predicar la verdad, él mismo es la verdad encarnada, y cuando la gente cree en esa verdad, entonces encontrará la verdadera liberación de su vida de pecado y temor. Jesús dijo: *“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”* (Juan 8:32). *(Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres. Jn. 8:36)*. Jesús vino a liberar de la esclavitud de una religión que imponía cargas pesadas pero que no podía dar la verdadera salvación. *(Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud. Gál. 5:1)*. No importa el pecado, no importa el vicio, no importa la clase de esclavitud, Jesús es especialista en dar libertad al hombre que reconoce su total incapacidad para liberarse él mismo, y acude a Su verdad para ser libre.

**“Y vista a los ciegos”**. Satanás tiene engeguecido a los hombres que están bajo su dominio, él es especialista en producir ceguera espiritual. *(En los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. 2 Cor. 4:4)*. Los hombres no tienen la capacidad de ver los asuntos espirituales con claridad. Ellos llaman a lo bueno, malo y a lo malo, bueno. Ellos aborrecen a Dios y aman a Satanás, aunque no se dan cuenta de su error.

Ellos creen que están amando a Dios, cuando en realidad hacen las obras del diablo. (*Jesús entonces les dijo: Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais; porque yo de Dios he salido, y he venido; pues no he venido de mí mismo, sino que él me envió. ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira de suyo habla; porque es mentiroso y padre de mentira.* Jn. 8:42-44). Pero Jesús vino para dar vista a los ciegos y conducirles de regreso al Padre de las luces.

**“a poner en libertad a los oprimidos”**. El pecado lo único que produce en el hombre es dolor, angustia, desesperación y esclavitud. *“De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”* (Jn. 8:34). Todos los hombres hemos pecado, por lo tanto todos somos esclavos del mal. No tenemos la capacidad de escaparnos de nuestros pecados, de nuestras mentiras, de nuestro orgullo, de nuestros malos deseos, de nuestra lengua perniciosa. Hemos estado siendo oprimidos por Satanás, pero ahora Jesús, el verdadero Mesías vino para darnos libertad. (*Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.* Hch. 10:37-38). Esta liberación también incluyó la salud física milagrosa para algunos de sus hijos (*Enseñaba Jesús en una sinagoga en el día de reposo; y había allí una mujer que desde hacía dieciocho años tenía espíritu de enfermedad, y andaba encorvada, y en ninguna manera se podía enderezar. Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: Mujer, eres libre de tu enfermedad.* Luego, en respuesta a las críticas del principal de la sinagoga por haber sanado a la mujer en el día de reposo, Jesús le dijo: *Y a esta hija de Abraham, que Satanás había atado dieciocho años, ¿no se le debía desatar de esta ligadura en el día de reposo?* (Luc. 13:10, 11, 12, 16).

**“A predicar el año agradable del Señor”**. Este año agradable se relaciona mucho con el año del jubileo, cuando los esclavos recobraban su libertad, cuando los que habían perdido sus propiedades la volvían a recibir, cuando se perdonaba a los ofensores y la ley les daba un indulto. El año agradable del Señor es el año de la redención, cuando Dios ya no tiene en cuenta el pecado del hombre, porque este ha sido cargado en la cruz del calvario, y ahora está reconciliando consigo a los pecadores. (*Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación.* 2 Cor. 5:18-19). Este año agradable del Señor consiste en que Cristo toma la pesada carga que los hombres llevan sobre sí por el pecado y les hace descansar para siempre. (*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.* Mt. 11:28).

Luego que Jesús lee la Palabra escrita, entonces la expone a sus oyentes. Lucas no nos presenta todo el contenido de su mensaje, pero indudablemente debió ser una exposición del pasaje, aplicándolo por completo a sí mismo, como nos lo deja ver Lucas en el verso 21.

La predicación de Jesús debió ser muy impactante, de lo cual no tenemos duda, pues, la gente respondió ante ella hablando bien de Jesús. Les sorprendía la sabiduría y el poder de las Palabras de Cristo. Hablaban bien de él. Pero no siempre que se hable bien de una predicación o del predicador, quiere decir que la gente está recibiendo la Palabra de Dios, pues, esta gente que ahora le alaba, luego lo tratará de despeñar porque no pueden soportar la predicación confrontativa de la Palabra de Dios.

## **Conclusiones:**

- Sigamos el ejemplo de Jesús, quien nunca estuvo interesado en encontrar excusas para no congregarse, sino que, a pesar de las profundas debilidades de las sinagogas de su tiempo, a pesar de la hipocresía de los predicadores, prefería usar los medios de gracia que quedarse en casa adorando solo. Si no es por una causa grande, por una tragedia o una enfermedad tan seria que no te permita mover ni siquiera un dedo de tu pie, (aunque ya tenemos sillas de rueda), entonces no dejes de congregarte. Si por alguna razón debes viajar a otra ciudad o pueblo, y el día del Señor, el domingo debes quedarte allí, lejos de la congregación de donde eres miembro, no dejes de congregarte. No importa si ellos cantan de otra manera, o si la predicación es débil en cuanto a la exposición, es mejor congregarte que quedarte en casa. Si no sientes amor por el día del Señor, y cualquier excusa es válida para congregarte de manera regular, entonces acude a aquel que dio su vida por tu salvación. Aquel que amaba el día del Señor y formó el hábito de congregarse, tiene el poder para ayudarte a amar ese día santo, tiene el poder para darte la gracia que te lleve a amar la iglesia de Dios, la congregación de los santos. Arrepiéntete por tu falta de fidelidad en congregarte, y Jesús te dará su perdón, pero también de su gracia para darte un corazón obediente a su palabra.

- Los congregantes en la sinagoga de Nazaret admiraban la buena enseñanza. Alababan al predicador ilustre que exponía sabia y fielmente la Palabra de Dios. Reconocían al pastor que trazaba correctamente las Escrituras. Se emocionaban cuando escuchaban una predicación nutrida y esta era presentada con autoridad. Pero sus corazones no seguían lo que sus emociones y sus mentes alababan, pues, solo se conformaban con escuchar buenas predicaciones, pero eran insensibles a la palabra de Dios. En nuestras iglesias de hoy día hay “muchas personas en un estado mental poco mejor que el de los que oyeron al Señor en Nazaret. Hay miles que escuchan regularmente la predicación del Evangelio y lo admiran cuando lo escuchan. No ponen en entredicho la verdad de lo que oyen. Hasta sienten una especie de placer intelectual al escuchar un sermón bueno e impactante. Pero su religión



nunca pasa de este punto. El que escuchen el sermón no evita que lleven una vida de irreflexión, mundanalidad y pecado. Examinémonos a nosotros mismos en cuanto a este importante asunto. Veamos el efecto práctico que produce en nuestros corazones y en nuestras vidas la predicación que decimos que nos agrada. ¿Nos lleva a un verdadero arrepentimiento hacia Dios y a una fe más viva hacia nuestro Señor Jesucristo? ¿Nos incita a esforzarnos semanalmente por dejar de pecar y resistir al diablo? Estos son frutos que los sermones debieran producir si verdaderamente nos hacen bien. Sin ese fruto, resulta totalmente inútil una mera admiración estéril. No hay muestra de gracia, no salvará al alma”<sup>1</sup>.

- ¿Cuál es la condición espiritual en la que te encuentras? Si te has mirado como un pobre miserable a causa de tus pecados, si estás siendo esclavizado por un vicio, si tu corazón está sufriendo a causa de las maldades tuyas y los daños que has recibido por las maldades de otros, si eres esclavo de Satanás, si estás cautivo en las cárceles de este mundo perverso, si no puedes mirar claramente tu condición espiritual a causa de la ceguera con la cual Satanás entontece las mentes de los hombres, si has estado oprimido por Satanás, si tienes una gran deuda con Dios, que de seguro la tienes, si andas huyendo del Soberano porque su justicia te persigue, entonces este es el año agradable para ti, este es tu día de salvación. Mira a Jesús, mira al Mesías, mira al Salvador, míralo como el liberador, míralo como el redentor, míralo como el sanador, míralo a él y solo a él, acude a su cruz, confía en su sacrificio redentor, escucha sus palabras, confía plenamente en ellas, y podrás encontrar la paz abundante que tu alma necesita. Él te dice hoy *“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”* (Jn. 14:27).

---

<sup>1</sup> Ryle, J. C. Meditaciones sobre los Evangelios. Lucas 1-10. Editorial Peregrino. Página 153-154